

El Cuento Semanal



148

EN LA GUERRA

(EPISODIOS DE MELILLA)

POR

CARMEN DE BURGOS (Colombine)

Ilustraciones de AGUSTÍN

30 CÉNTIMOS

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

2 2 2

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.—MADRID

Apartado de Correos 409.

AÑO III. - 29 de Octubre de 1909. - NÚM. 148

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas.
Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre
10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

LIBROS Y REVISTAS

Princesa de fábula, novela por Dorio de Gadex. —Este ya popularísimo escritor ha dado á la luz una nueva novela así titulada. Es en realidad un cuento deliciosamente picaresco escrito con un «esprito» francamente parisien sin abandonar por ello cierto sabor arcáico que á sus escritos acompaña hábilmente, perfumándolos por decirlo así. Ostenta esta novela un encantador prólogo de Anatole France, traducido con esmero por R. Contreras. Dorio de Gadex apunta bien y... da. Ahí va nuestro aplauso para el notable director de la Biblioteca «Anfora».

Ateneo.—Esta notable revista publica en su número corriente, el siguiente sumario.—Los diplomáticos poetas: Amado Nervo, Rubén Darío. Silba de varia lección (conclusión), El Bachiller Alonso de San Martín. El camino de la victoria, Leopoldo Díaz Vallés. Misión científica francesa de Sociología y Sociografía musulmanas en Marruecos, Luis Sorela. Creer y crear (cuento), Angel Rojí. El lazo gualdo y rojo (poesía), Francisco de Iracheta. Los ojos de Aïcha (poesía), Primitivo R. Sanjurjo. Informaciones.—Crónica de arte, Ubaldo Fuentes y Redondo. Congreso Universal de la Poesía en Valencia. Reglamento. Los Gobiernos de la América latina. En Valencia. Bille-tes de ferrocarril. Por mi poeta, J. M. Blázquez de Pedro. Estudios americanistas en Barcelona, Rafael Vehils. Bibliografía. Libros de Caballerías. Libros recibidos.

Las confesiones de un pequeño filósofo, novela de Azorín. Trátase—claro está—de una segunda edición que primorosamente editada por «Paco» Beltrán, se ha puesto á la venta en estos días. Azorín ha añadido á este libro,—quizá su obra fundamental y desde luego la más exquisita y acabada,—un capítulo al principio y otro al final, titulados «Donde escribí este libro» y «Epílogo de los canes», que amén de estar deliciosamente escritos redondean por decirlo así con sin igual fortuna esta deliciosa novela del popular redactor de «A B C».

AVISO

Se ha puesto á la venta la segunda edición del núm. 119, titulado **UN MILAGRO DEL ARTE** por D. Luis Calpena.

TAPAS PARA ENCUADERNAR
LAS COLECCIONES DE

EL CUENTO SEMANAL

Las que actualmente tenemos á la venta son de cuero con elegantísimas y artísticas incrustaciones de oro, y en relieve, para encuadernar las dos colecciones completas de los años 1907 y 1908, y el primer semestre de 1909.

A pesar de su mejor calidad y de su mayor coste. su precio seguirá siendo como hasta aquí.

PRECIO: 2 PESETAS CADA TAPA

CONSULTORIO GRAFOLÓGICO

SECCION PREFERENTE

«EL STROPHANTUS»

Temperamento nervioso-sanguíneo. Inteligencia viva y excelente memoria ocular. Espíritu frío hábil y flexible, que ama la lucha.

La cabeza domina al corazón.

Descubro en el fondo de su carácter cierta crueldad, dormida por ahora, pero que acaso algún día, bajo una impresión demasiado fuerte de dolor ó de ira, deje de ser latente para exteriorizarse, produciendo penosas sorpresas.

Voluntad constante y naturaleza algo agitada. Vivo deseo de perfeccionarse en todo.

Raciocinio justo y seguro; conciencia generosa.

Carácter deseoso de expansión en alto grado, pero que, ya por prudencia exagerada, ya por impresionabilidad demasiado viva, raras veces expresa la verdad íntegra.

Propensión á la tristeza y desconfianza, en fin, de sí mismo.

Dr. Grachtner.

2 2 2

MANERA DE HACER LAS CONSULTAS

Escribese una carta, cuanto más larga mejor, en papel sin rayar y dirigida al Dr. Grachtner, en EL CUENTO SEMANAL.

Un vale y cinco pesetas dan derecho á una consulta en la «Sección preferente». Las contestaciones se insertarán en el primer número que se publique ocho días después de recibida la consulta, y si el consultante lo desea le regalaremos un interesante *Tratado de Grafología*.

Dos vales del año 1907 ó 1908 dan derecho á una consulta gratuita, cuyas contestaciones son contestadas por riguroso turno. Quedan muchas cartas antiguas por contestar. El que, además, se suscriba por un trimestre á EL CUENTO SEMANAL, recibirá también el *Tratado de Grafología*.

Á LOS COLECCIONISTAS

En esta administración y en las principales librerías y kioscos de toda España, se venden ejemplares de todos los números publicados por EL CUENTO SEMANAL al precio de 30 céntimos ejemplar.

COLECCIONES ENCUADERNADAS DE

EL CUENTO SEMANAL

Las colecciones de los años 1907 y 1908 elegantemente encuadernadas en cuero, con incrustaciones de oro y en relieve, compuesta cada una de dos tomos, se venden al precio de

25 pesetas para Madrid y provincias
36 » para el extranjero

EN LA GUERRA

(EPISODIOS DE MELILLA)

Lector: He escrito esta novela en el campamento, con el mismo brazo que acababa de curar heridas de verdad...

Por eso hay un raro temblor en ella.

Impresionada por las desgarraduras y crudezas de la guerra vista frente á frente, sin telégrafo ni censura por medio, necesitaba una sangría que me aliviara de todo el exceso de sangre que bebieron mis ojos y de cuya carga deplorable no sabía cómo aligerarme... A esa necesidad urgente se deben estas cuartillas atormentadas y cruentas.

Melilla, Chaaban, año 1287 de la Egira.

I

El comedor del Hotel Victoria presentaba un aspecto animadísimo. Una multitud de militares, con trajes de rayadillo, iban de un lado para otro formando pintorescos grupos, en los que jefes y oficiales se confundían con voluntarios aristócratas; de modo que no era raro ver la banda roja de un general entre los sencillos uniformes de elegantes soldados.

Se hablaba en voz alta, mezclándose todas las conversaciones; se discutían con calor las más contradictorias noticias, sin lograr ponerse de acuerdo acerca de las versiones de hechos ocurridos allí mismo. En la larga mesa, que ocupaba un ala del comedor, disputaban acaloradamente periodistas, fotógrafos y representantes de agencias telegráficas acerca del resultado de la campaña. De todos los ámbitos de la estancia salían palabras en idiomas extranjeros; había allí súbditos de todas las naciones; corresponsales de los periódicos más importantes de Europa y América; curiosos y desocupados, que acudían á Melilla con el ansia de contemplar el espectáculo de una de las pocas guerras donde se encuentra la tradición salvaje del odio de razas, y gran número de turistas, caprichosos, ávidos de emociones, algunos de los cuales matizaban el conjunto con una extraña nota cómica. Un joven sueco, de gustos femeninos y aspecto

de pastor evangélico, se había refugiado en el estruendo de la guerra de Africa para escribir una novela de costumbres rusas; un norteamericano, desconocedor de nuestro idioma, reunía datos, á fin de documentar una Historia yankee de la colonización española, y un doctor italiano, enamorado de nuestra patria, con el amor de los latinos á las antiguas glorias, ofrecía sus servicios, lo mismo para curar heridos que para combatir contra los sectarios del Profeta. Muchos ingleses y franceses llevaban el uniforme de soldados del ejército español. Habían sentado plaza, deseosos de combatir por la vieja Iberia á impulsos del amor romántico que llevó á lord Byron á morir en la Helade, ó por esa expansión del espíritu aventurero, propio de todos los pueblos fuertes, merced á cuyo influjo los tercios españoles se alistaron, en los tiempos ya remotos de nuestras glorias, bajo todas las banderas que simbolizaban alguna grande empresa.

Faltaba sitio en el comedor del Hotel para tantas personas; los criados iban de un lado á otro sin saber á quien atender, mientras en el patio y en el salón esperaban impacientes muchos comensales á que se desocupasen las mesas; obligados á hablar muy alto para hacerse oír, el ruido de las voces formaba una batahola, entre la que era imposible entenderse.

De pronto cesaron todas las conversaciones. Un comandante alto, moreno, de aspecto distin-

guido y luenga barba gris, cruzaba el salón, dando el brazo a una dama. El espectáculo era inusitado. Parecía que en Melilla cristianos, moros y judíos rivalizaban en ocultar á sus hembras. No se veían mujeres por las calles. Las señoras, retiradas en sus casas, apenas se atrevían á asomar el rostro curioso por las entreabiertas persianas. En el mismo Hotel, familias de escritores y de oficiales permanecían encerradas en sus habitaciones, sin presentarse en el comedor. Tal vez el retraimiento de las mujeres no era voluntario: las sujetaba la costumbre tradicional que dejaron los musulmanes en España, imperante aún entre los mismos que combatían á los moros en nombre del progreso. Un espíritu atávico, que indica los siglos de nuestro atraso, en relación á la cultura mundial, privaba al ejército de los consuelos y del aliento vivificante con que el alma de las mujeres dignas sabe envolver la misión del combatiente, rimando la hermosa poesía de la epopeya.

El comandante Ramírez y su esposa avanzaron tranquilos é indiferentes entre la curiosidad inquieta de los españoles y la fría corrección de los extranjeros, para ir á sentarse cerca de la pequeña mesa que se les había reservado. La señora de Ramírez era digna de la atención que despertaba. Alta, delicada, de facciones correctas, largo cuello, labios finamente dibujados y grandes ojos azul oscuro; dormidos y soñadores bajo la sombra de unas pestañas de oro. El cabello rubio, de reflejos rojizos y metálicos, envolvía en una aureola de luz aquella cabeza de Santa Bizantina.

Muchos oficiales y periodistas se levantaron para saludar al matrimonio, y bien pronto se formó un rollo de personas en torno de la mesa. El comandante Ramírez, que había hecho toda la campaña de Cuba, era generalmente estimado por su valor y su cultura en todo el ejército. Después de pasados algunos años en la reserva, viajando por el extranjero, volvía al servicio activo, cuando la patria lo necesitaba de nuevo. Su figura elegante, noble y ruda, formaba un

conjunto seductor con la frágil belleza de su esposa. Alina, veinte años más joven que él, apenas frisaba en los veinticuatro; parecía envolverlo en esa dulce ternura admirativa, que ofrenda la mujer al valor y á la fuerza.

Ramírez acogía á los amigos, de los que tanto tiempo estuvo alejado, con cariñoso y efusivo afecto, y los presentaba á su mujer, que conversaba amablemente con la graciosa desenvoltura de una educación cosmopolita.

Ya llegaban á los postres cuando dos nuevos comensales, que ostentaban las insignias de capitán de cazadores, entraron en la estancia. Al verlos el comandante, no pudo contener una exclamación de alegría. Uno de los recién llegados, alto, de grandes ojos negros y expresivo semblante, adelantó presuroso hacia él y un abrazo unió á los dos compañeros de armas.

—Alina—dijo con acento gozoso Ramírez á su esposa,—aquí tienes á mi querido Gonzalo Ruiz. Ya lo conoces... Mi compañero en la guerra de Cuba... Nos hemos jugado más de una vez juntos la vida.

—¡Oh! ¡Cómo me complace ver á usted!—exclamó con alegre naturalidad la joven.

—Luis lo recordaba sin cesar. Me parece que somos antiguos amigos.

—Entonces era segundo teniente—continuó Ramírez, siguiendo el curso de sus recuerdos;—el más joven de la com-

pañía y va un bravo.

El otro oficial se adelantó, cojeando, y les interrumpió con voz gangosa:

—¿Para mí no hay nada? Preséntame á tu señora, Luisito.

El comandante saludó afectuoso.

—Mi amigo el marqués de San Mario, querida; y añadió con interés: ¿Qué tienes? ¿Estás herido?

—No... sí... no... lo he estado. Una inyección de morfina en la pata derecha...

Las risas de los concurrentes demostraron que conocían el carácter del marqués. Se sentó cerca de Alina y comenzó á interrogarla.

—¿A usted deben gustarle mucho las guerras? Recuerdo que la ví también en Casablanca.





—No, marqués. Me arrastró á ella el mismo horror que me inspiraba... Yo había soñado que ya no habría guerras en el mundo...

—Tá, tá, tá—interrumpió el marqués.—¡Vaya un sueñecito! Pero allí estábamos mejor... las señoritas venían á visitarnos á caballo á los campamentos... Había tertulias, fiestas... A nadie se le ocurrió prohibirlo ni criticar á las damas francesas por una cosa tan natural... Decididamente no estamos aún europeizados... Yo tenía un caballo...

Gonzalo adivinó que su amigo iba á empezar una de sus interminables conversaciones sobre los caballos y acudió á librar á Alina del fastidio que había de ocasionarle.

—¿Cuándo han llegado ustedes?—preguntó.

—Esta mañana—repuso ella.

—No sé aún dónde me destinarán—añadió el comandante;—pero Alina se ha empeñado en estar cerca de mí, y, como no sé negarme á sus deseos, se quedará aquí en Melilla.

—¿No tiene usted miedo á la guerra según eso?

—¿Miedo? Por mí no... Pero me asusta el derramamiento de sangre. El dolor de los que pierden seres queridos. Ya que no puedo evitar los males, quisiera prestar algún consuelo.

—Mi esposa—dijo el comandante, envolviéndola en una mirada de ternura—piensa únicamente con el corazón.

—¡Luis!—interrumpió confusa.

—Ella se da continuamente á todos los que sufren. Hubiera podido ser una excelente hermana de la caridad. Su ternura es como la irradiación del amor de todas las madres, de todas las amantes.

—Yo no quisiera que muriesen los seres que tienen quien los ame—dijo ella.

—Pues entonces, señora—interrumpió Gonzalo,—no tenga usted cuidado por mí. Soy de los que pueden morir.

—¿No tiene usted madre?—preguntó Alina.

—No, señora; ni parientes de ninguna clase.

—¿Esposa? ¿Novia?...

—He hecho una vida de trabajo y meditación. No tengo ni mujer ni novia. Si me dan un balazo, mi administrador se alegrará de no tener que presentarme cuentas. Por eso le decía que soy de los que pueden morir. ¡No me ama nadie!

—¡No diga usted eso!... Luis y yo le amaremos mucho. Tendió al oficial su mano larga, delgada, adorante, con un gesto de afectuosa sinceridad, propia de las mujeres libres de prejuicios. Y mientras el marido aprobaba su conducta con una sonrisa, y el capitán se inclinaba á besar aquella mano de hostia que le ofrecía la comunión de un afecto tan santo, las pupilas de Alina temblaron detrás del velo de oro de sus pestañas, como flores de campanilla azul bañadas de rocío.

II

La alegre risa de Alina resonaba en la amplia explanada terragosa que se extendía delante del Hotel.

—¡Qué coche!

Había madrugado para ir al Zoco á oír la misa de campaña con la división á que pertenecía su marido. David, un muchacho judío, puesto espontáneamente á su servicio, fué á buscar el carruaje. Alina no pudo contener una ruidosa hilaridad á la vista de aquel vehículo, especie de cajón de tablas mal unidas, sobre el eje de las ruedas, del cual tiraba un caballejo flaco, de sucias crines, con la piel recomida de mataduras. Sobre los asientos, llenos de grasa, cuyos agujeros dejaban ver la remolida crin, revoloteaban, con rumor de enjambre, las manchas negras de esas terribles moscas rifeñas, que son el mayor tormento de la tropa.

—¿Cómo subir ahí?—preguntaba Alina, mientras David, sin comprender su repugnancia, mostraba la blanca dentadura en una risa cándida.

—No tiene usted más remedio, señora; en Melilla no hay otra clase de carruajes—dijo saludando el joven redactor de un periódico madrileño.

—¡Pero estas moscas!

—No tenga usted cuidado, son muy cariñosas. La acompañarán todo el día. Las que yo padezco desde que llegué, me esperan todas las noches en la puerta de mi cuarto. Creo que se vendrán conmigo á Madrid.

Era preciso resignarse. Alina volvió á entrar en el Hotel y salió envuelta en un espeso velo. El coche crujó con el ligero peso de su cuerpo como si fuese á desclavarse.

—La acompaño á usted á caballo, si me lo permite —añadió el periodista,— tal vez pueda serle útil. *Esta cosa* que aquí llaman caballos, suelen pararse en el camino y hacer que los viajeros tiren del carruaje. Yo creo que están en inteligencia con los cocheros.

Accedió gustosa Alina; ya David había subido

un pequeño itsmo une la roca de su base á la tierra rifeña.

El Mantelete forma una calle larga, destinada al comercio. Las tiendas pequeñas, como portallillos, ofrece un conjunto abigarrado. Algunas vitrinas, á modo de escaparates, dejaban ver collares de latón, imitando moneditas, y terminados por medias lunas; babuchas, trajes morunos, telas de vivos colores y toda clase de bisutería barata. Veíase claramente el deseo de atraer á los forasteros con la evocación de las leyendas, que no podían subsistir dentro de su atmósfera europea. Aquellas tiendecillas eran verdaderos bazares; de los pequeños y revueltos estantes salían toda clase de enseres: tabaco, perfumería, telas, loza, zapatos y objetos de metal. Detrás de los mostradores, venerables cabezas



al pescante, y el vehículo, escoltado por el escritor, se puso en marcha, con un ruido de tablas desunidas que se cernían á impulsos del traqueteo

El Hotel se hallaba enclavado fuera del primer recinto; en la gran explanada de casas que forman el barrio Reina Victoria, que con el barrio del Buen Suceso, donde están los pabellones de la oficialidad del ejército de Africa, al abrigo del cuartel de Santiago, constituirán, no sólo el ensanche de la población, sino la base de la futura ciudad española, cuando pueda vivirse sin el amparo de las murallas.

La ciudad vieja se alza sobre las prominencias roquizas como un castillo feudal, que hace recordar el aspecto de fortaleza del Principado de Mónaco y de todas esas ciudades costeras de la antigüedad, cuya contemplación apena el ánimo, como testimonios escritos en piedra, de la necesidad de protegerse contra los hombres.

La Plaza, irregular, donde se alza el Gobierno, y algunas estrechas y empinadas calles, forman el pequeño recinto de la vieja población, accesible sólo por las escaleras del Mantelete, que como

de judíos, con la pura corrección de sus perfiles aguileños, sus luengas barbas y sus tranquilos ojos claros, recordaban á los patriarcas bíblicos. En otras, árabes tunecinos, de morenos rostros y de facciones más dulces é inteligentes que los moros rifeños, cubiertas las cabezas con el rojo casquete del *Fez*, rematado en borla de seda negra; se sentaban en la trastienda, sobre pedazos de estera, con los pies cruzados, envueltos en sus trajes semitales, y fumaban sus largas pipas de opio, con la mirada vaga, perdida, como si vieses dibujados entre el humo los lejanos paisajes de recuerdos ó ensueños. Evocaban las figuras de aquellos mágicos mercaderes de Bagdad, que vendían las alfombras y las pomas milagrosas de los cuentos de Scherazada.

Estos y los moros adictos eran los únicos que transitaban por las calles de Melilla. No se veían sin odio todos aquellos rifeños, vestidos de pardas chilabas y sucios jaiques, con los zancajos desnudos, las facciones toscas, rudas, brutales, de un tinte cobrizo. Hasta los confidentes más afamados, como el *Gato* y Maimón, inspiraban un movimiento repulsivo. Se veía en todos ellos

los traidores á su raza y á su patria, que se doblegaban arteramente, no por convencimiento, sino por interés. Se adivinaba el odio secreto del esclavo, tanto más intenso cuanto mayor es el espíritu de libertad en la raza berebere, rebelde siempre á toda autoridad, hasta á la del sultán, que es á la vez su pontífice y su monarca.

Los moros acomodados habían huido de Melilla y los kabileños que no figuraban en la jarca vivían en las alturas de Mezquita, Frajana y Beniscar. Una gran parte de ellos hablaba el xellha, un dialecto, mezcla de árabe y fenicio, desdendiendo expresarse en español. Sólo los que pertenecían á la policía indígena y algunos adictos inofensivos se cobijaban en el Dchar cercano al fuerte de Camellos.

De un modo inevitable se observaba en Melilla la separación de castas, propia de los pueblos donde se mezclan tan diversos elementos étnicos. De los dos mil israelitas que la habitaban, los que no se enriquecieron, haciéndose respetar con su dinero y su inteligencia, hallábanse reclusos en el Polígono, el antiguo barrio pobre, que, como las juderías de la Edad Media, tenía calles estrechas, sucias, formadas de casucas, con fachadas toscamente pintarrajeadas de ocre y bermellón. No había términos medios para los hijos de Agar, ó el engrandecimiento con la paciente astucia y el trabajo, ó las persecuciones injustas que les convierten en parias del mundo moderno. Al pasar el coche cerca de este barrio, se cerraban todas las puertas, las mujeres y los muchachos corrían á esconderse, temerosos de los españoles, y algunos viejos, cuya alta estatura se recortaba sobresaliendo de los bajos muros de las casas, murmuraban en dialecto moghrebino, mezcla de castellano y árabe, palabras que bien podía encerrar una maldición. Alina miraba en vano, deseosa de contemplar aquellas figuras femeninas, que erguían la airosa cabeza, coronada de un casquete policromo, con majestad de reinas, sobre sus trajes flotantes y haraposos. Habían dejado atrás el hermoso Parque Hernández, con sus bosquecillos de palmeras; cruzaron el barrio de la Trinidad, cuyas casas se habían convertido todas en figones y cantinas; y después de pasar uno de los puentes de madera del Río de Oro, se encontraron en pleno campo. A cada momento pasaban cerca de ellos grupos de soldados, cubiertas las cabezas con los modernos *salakof*, que les roban una gran parte de su aspecto marcial; asistentes de los oficiales con grandes cestas, llenas de provisiones; moros de la policía indígena, de ojos estúpidos y movimientos solemnes, acompasados, enseñando los negros zancajos entre las sucias y colgantes vestiduras, con la fusila al hombro y la banda de los colores de España en el brazo.

Se veían por todas partes escuadrones de caballería, carros, acémilas cargadas de material de guerra, cañones y vagonetas. Los clarines rasgaban el aire con sus ecos de mando, y entre el continuo ir y venir, el ruido y la animación, la guerra ofrecía arteramente un espectáculo seductor y épico.

Sorprendía lo cercano de la ciudad al campo de batalla. Era allí mismo, al pie de las últimas casas, donde empezaba la línea de los fuertes, coronados de cañones, á cuyo amparo se tendían los campamentos, con las tiendas de lona, que se perdían en la llanura, semejantes á pequeños montecillos de tierra. Parecían habitaciones de pueblos nómadas, aduare berberiscos, bajo la influencia de un ambiente genuinamente africano, repulsivo á todo lo exótico.

En cada campamento las trincheras, hacia las

líneas avanzadas, iban protegidas por las complicadas alambreras, de estilo japonés, testimonio de la ferocidad indomable de aquellos moros rifeños, que sabían lanzarse sobre la boca de los cañones, con un temerario desprecio de la muerte.

El espectáculo guerrero impresionaba hondamente. Alina, se hacía explicar del periodista todo aquello, le preguntaba el nombre de los lugares y mil reflexiones tristes, que no acertaba á disimular, invadían su espíritu, mientras el coche avanzaba lentamente, con el crujir de su maderamen, bajo los cegadores rayos de un sol de fuego, entre asfixiantes nubes de polvo y aquel enjambre de moscas, que mordían rabiamente, sin que bastara á defenderse de ellas el velo ni la delicada manecita enguantada que oséaba sin cesar el rostro.

III

Fué preciso detenerse antes de llegar al sitio donde se celebraba la misa. La ceremonia estaba empezada. Jamás Alina había experimentado una impresión de misticismo tan solemne. Era un misticismo panteísta. Aquellos campos estériles, polvorientos, que apenas ofrecían algún oasis de verdura en escasas huertas regadas con el agua de pequeñas norias, á pesar de hallarse cerca de la orilla de la anémica corriente del Río de Oro, ofrecía cierta semejanza con los campos y los lugarillos de la costa de Nijar; igual escasez de agua, y su condición salitrosa, les hacía fecundos, les ahornagaba el mismo ardiente sol y el siniestro Gurugú ó Camarú de los moros, como todas las montañas de aquella parte de África, era un desdoblamiento geológico de nuestra cordillera Penibética separado por algún cataclismo. La flora recordaba los montes de Rodalquilar, espartos, palmas, nopales; y si se observaban atentamente las costumbres de los rifeños no tardaba en hallárseles la semejanza con los campesinos de Granada y Almería.

El Mediterráneo, tendido entre los dos pedazos de tierra hermana era más bien el lago que unía sus riberas que la línea divisoria de la frontera de los continentes. Tal vez el origen común de razas y el anhelo de iguales destinos históricos eran las causas principales de la rivalidad y del odio entre los pueblos español y marroquí.

Al límite mismo de la línea avanzada alzabase el altar envuelto en la bandera española y adornado con sencillas ramas verdes.

Frente á él se había formado la brigada. Los batallones en columna doble de dos líneas estaban de cara al cerro, entre cuyas endaduras habían quedado insepultos tantos cadáveres de españoles en las recientes batallas. La silueta pizarrrosa del Gurugú recordaba la del Vesubio por la línea quebrada de la cumbre.

Con su equipo de campaña, sus empolvados trajes de rayadillo y el fusil en la mano, los soldados tenían algo de augusto, de imponente; como si les rodeara la aureola misteriosa de un destino cercano.

A sus espaldas se alzaban los fuertes de Alfonso XIII y de Camellos con sus formidables baterías de cañones, á la izquierda el mar iba á batir con sus olas de espuma las arenas de la playa, extendiendo su franja azul hasta la suspirada costa española; mientras que á la derecha el terreno arenisco, estéril, se esfumaba en el horizonte internándose en el Rif, con los pequeños poblados de Camellos y Frajana, dominados por la línea de fuertes que guardan la

entrada de la Península de Tres Forcas, en cuyas costas abruptas se alzan promontorios de rocas, acantilados, y laderas formando las enenadas de los Galápagos y de los Charranes.

Alina y el periodista se apearon, era el instante más solemne de aquel sacrificio incruento, tal vez allí, más que en cualquier otra parte, se ofrecían víctimas propiciatorias á un terrible Dios de atavismos y de venganzas. Las charangas de los regimientos rasgaban el aire con las agudas notas metálicas de trompetas y clarines tocando bellos trozos de *La República del Amor*.

Se mezclaba á la ceremonia católica algo de humanamente pagano, bajo la inmensa bóveda azul, iluminada con la lámpara de un sol, triunfador de neblinas y celajes, que envolvía con su luz cegadora, en tonalidades de oro, aquel templo panteísta. Creyentes y espectadores habían doblado la rodilla. Se saludaba la hostia, elevada por la mano de un sacerdote, que llevaba la consagración de la marca de un balazo en la frente, los rostros curtidos se inclinaban á tierra, los soldados rendían las armas y la figura del general, á caballo, al frente de los batallones, se recortaba con una aureola épica sobre el fondo gris del paisaje... En el momento de alzar el eco de las cornetas quedó apagado por el estampido de los cañonazos. El vecino fuerte de Camellos disparaba sobre una multitud de moros que se distinguía con los catalejos entre los nopales del pequeño poblado de Mezquita. Se veía el fogonazo del tiro al salir del terrible tubo de hierro la bala pasaba silbando sobre las cabezas de los cristianos, invisible en su trayectoria, hasta que una luz de relámpago anunciaba que había estallado en las lomas del Gurugú. Pocos segundos después se escuchaba el eco de la detonación, repercutiendo de loma en loma, como una doliente queja.

La misa no se interrumpió, todos continuaron tranquilos, indiferentes. Alina, estremecida, buscaba con mirada ansiosa entre la multitud,

la figura de su marido y la de su amigo Gonzalo, sin lograr distinguirlos entre tantos vestidos iguales. Un celaje de perfumes sagrados, demasiado mezquino para tan gran templo, rodeaba la figura del oficiante, y se desvanecía en el aire como si no tuviese fuerza para alzarse hacia lo infinito. Tal vez en el mismo instante en que el sacerdote católico entonaba las últimas preces, iban á reunirse con Alá algunos sectarios de Mahoma destrozados por los proyectiles. Alina creía oír resonar en el aire la voz augusta de la Escritura: «Si al ir á depositar tu ofrenda recuerdas que tu hermano está enfadado contigo deja tu ofrenda al pie del altar y corre á desenrojar á tu hermano.»

Los cañones continuaban disparando, el fuerte parecía envuelto en la nube de humo blanco de un gran incensario. Una bandada de cuervos, tendida cerca del Barranco del Lobo, se perdió á lo lejos graznando, asustada, con el lúgubre batir de sus alas negras; cerca de las puertas del aduar cercano, se veían blancas figuras de medrosas y recatadas moras espiando curiosas la ceremonia cristiana.

IV

Una hora después el aspecto de los campamentos era tan alegre y animado, que nadie al verlos, hubiera creído en los terrores de la guerra.

Se deseaba concluir pronto, los días pasaban con mortal inquietud, entre la impaciencia producida por lo lento de las operaciones y la incertidumbre de lo que sucedería al día siguiente; el misterio angustiante para los que esperan siempre órdenes que obedecer, y, sin embargo, la maga juventud derramaba el encanto de sus sonrisas; todos los pechos se abrían á la esperanza; no había ninguno que limitara sus ilusiones al presente, por el contrario, como si los proyectos de cosas futuras tuviesen fuerza para



exigir su realización, forjaban planes sobre lo porvenir. No se admitía la posibilidad de un balaño.

—Las balas llevan siempre el nombre y apellido de aquél á quien van destinadas, decían.

Ninguno pensaba que se hubiese forjado la suya. La vida rebotante de juventud no admitía la posibilidad de dejar de existir.

Así es que después de pasada la alarma, deshechos los grupos moros, silenciosos los cañones, todos pensaban en festejar el domingo, día tan deseado del ejército en campaña.

Muchos oficiales se iban á Melilla; era una diversión extraordinaria comer en el Hotel Victoria, en el Bañero y en Casa de Cabo, ó ir á tomar una botella de cerveza sentados ante la puerta de *La Inglesa* ó en cualquiera de los barracones de madera que servían de cafetines.

Aquel día se quedaban todos en el campamento. Un batallón de Cazadores, acampado en el Zoco, invitaba á algunos compañeros de los otros regimientos y era preciso hacerles los honores, tanto más cuando Alina se quedaba á comer en compañía de su marido.

No era cosa fácil preparar la mesa para una señora. El bueno del capellán se encargó del menú. Alina reía de ver al alegre sacerdote, delgado, vivaz, que parecía un soldadito con su traje de rayadillo y su gorro de campaña, ir de un lado para otro dando órdenes á todos los asistentes de la compañía. Unos habían de ir á Melilla, otros á las cantinas: no dejaba parar á nadie.

La tropa comía ya su rancho. Los soldados formaban pintorescos grupos por toda la llanura, sentados de siete en siete, en torno de las cazuelas de metal que exhalaban un apetitoso olor á guisado de carne y patatas. Algunos se tendían boca abajo en el suelo para comer, y otros se arrodillaban ó se ponían en cuclillas para mayor comodidad. Todos llevaban en la mano los trozos de pan de munición, una ración abundante, porque el ejército de Melilla se encontraba abastecido de modo que hacía honor á la Administración militar de nuestro país.

Los fusiles no estaban lejos de ellos ni en aquellos instantes de descanso; eran los amigos de los que no debían separarse. Colocabálos muchos en la misma forma que el armazón de las tiendas de campaña; con las culatas reposando en la tierra y unida la parte superior de los cañones. Otros los dejaban á su lado en el suelo, en haces ó montoncillos, no sin cierta imprudencia, familiarizados ya con el uso de los mortíferos matísers.

Se había improvisado una mesa para los oficiales, debajo del ramaje de una especie de choza, con techo de cañas verdes, entre las cuales se mezclaban plantas de olivarda, que retenían prisioneras en su hojarasca huntuosa á las moscas que se posaban en ellas.

Era una mesa original: cajas de cartuchos matíser unidas unas á otras y parte de las maderas que acababan de servir para el altar. No pudieron encontrarse manteles ni servilletas; el servicio consistía en los cubiletes y los platos de estaño, algunas cucharas de peltre, un par de tenedores, cedidos galantemente á Alina y su esposo, y varios cuchillos, navajas y facas que se repartieron de manera que pudiesen tener una para cada dos vecinos de mesa.

En cambio la comida hacía honor al cura; se sucedían platos de carne, de huevos y de pescados, legumbres y exquisitos postres, sin que faltara el helado, el champagne y un café que hubiera sido exquisito sin el agua salitrosa de

Melilla. Los asistentes se cuidaban de librar á los comensales del tormento de las moscas, sin poder evitar que cayesen en todos los manjares, á pesar de taparse los platos y de cubrir los vasos con papeles y tarjetas. Reinaba la más franca alegría y cordialidad entre todos los comensales. Se hacían chistes ingeniosos, rivalizando todos en cortesía para obsequiar á Alina. Los que conozcan la vida de los campamentos franceses por las descripciones de Víctor Hugo, no hubieran encontrado parecido alguno entre aquellos oficiales pendencieros, bebedores, que pasaban las horas entre duelos, apuestas y partidas de juego, con la noble franqueza y la mesurada dignidad de los oficiales españoles. Solo en el valor y la caballerosidad se asemejaban los hijos del Cid y los soldados de Napoleón. Nada justifica el alejamiento de las señoras del trato de nuestro caballeresco ejército, en el cual hasta los soldados no desmenten la condición hidalga del viejo solar castellano.

Los proyectos para la vuelta á la patria, como término de las penalidades de la guerra, dominaban en la conversación.

—Hemos de reunirnos todos á comer en Lhardy.

—Y llevaremos nuestros platos y nuestros vasos.

—La señora nos acompañará.

Alina ofrecía sonriente aceptar la invitación, aunque un amargo presentimiento le advertía que no todos volverían á España. Era preciso engañarse unos á otros. Muchos de los que estaban allí habían visto caer á su lado muertos á los compañeros más queridos, á los que formaban con ellos los proyectos de vuelta y en medio de la alegría ruidosa se esforzaban por olvidar lo irremediable, y el temor instintivo de las balas. La guerra influía funestamente sobre las almas, endureciéndolas para el dolor ajeno, en el triunfo del egoísmo.

La música del regimiento llegó á amenizar los postres con alegres tocatas. Los himnos de los batallones parecían aligerar la pulsación de la sangre, comunicándole el entusiasmo de los cantos bélicos, la sugestión extraña que se encuentra en todos los aires musicales que, como *La Marsellesa* y el *Himno de Riego*, invitan á la libertad y al heroísmo. La tropa coreaba aquella música guerrera, cantando á coro bellas estrofas, que parecían dar con su ritmo el compás de la alegre marcha de los cazadores.

«Cazadores, cazadores
Nuestro lema es avanzar,
Que en la punta del cuchillo
La victoria siempre está.

Al luchar nunca olvidemos,
Si luchamos con tesón,
Que la muerte más hermosa
Es morir por el honor.

A luchar, á luchar, á luchar.
A vencer, á vencer, á vencer,
Que el once de Cazadores
A nada debe temer.

Otras veces la música tomaba la cadencia solemne y augusta, de los cantos victoriosos, recordando las glorias de la historia y del ejército. Resonaba el Himno de Llerena con sonridad majestuosa:

Acordaos, cazadores, de los héroes
con cuya sangre se escribió la Historia;

acordáos de los héroes de Llerena, que llevaron á España á la victoria.

En Tetuán, Azmir, Sierra Bermeja, San Boy, Caserras, Castellar y Olot, El Esquirol, Inglés y La Sella demostraron su audacia y su valor.

Si hay que luchar, seamos los primeros que ataquemos con rabia y con coraje, y que digan del once de ligeros que nunca quedó atrás, ¡siempre delante!

¡Arriba, pues! Avancemos decididos, subiendo desde el valle á la montaña, y gritemos con voz que sea un rugido: ¡viva Llerena leal! y ¡viva España!

Y al pronunciarla tantos labios, la palabra España, parecía un grito de amor para la lejana patria.

V

Apenas acabó la comida una multitud de pequeños moritos llegó al campamento. Se acercaban sin miedo á los soldados para venderles tabaco y baratijas. Nada hacía recordar tanto las teorías del transformismo como aquellos mu-

chachos; parecían animalillos ariscos, medio salvajes, feos, de facciones fuertemente acusadas y negra tez. La cabeza, llena de costras, iba pelada al rape toda menos la coronilla, que dejaba lucir en rededor una especie de borlón de cabellos semejates á una flor de cardencha. Otros llevaban una pequeña trenza, jamás peinada, como la coleta de los toreros. Afeitándose unos lados y dejándose crecer largos flecos en otros, se adornaban con caprichosos dibujos.

Varios de ellos rodearon á Alina.

—¿Por qué lleváis esto?—preguntó ella sin atreverse á tocarlos.

—¡Fantasía!—repuso el morito enseñando entre la sonrisa de sus gruesos labios unos dientes de lobezno.

La atención de la joven se reconcentró en un muchacho de diez años, vestido con turbante y jaique de una tela finísima, parecida al velo de religiosa, de una limpieza poco común entre aquellos discípulos de Mahoma, cuyo sucio aspecto no estaba de acuerdo con las abluciones del Corán, ni con su vieja poesía legendaria. Aquel muchacho debía ser hijo de un moro acomodado; calzaba babuchas de piel y llevaba pendiente de la cintura una escarcela de vivos colores y una gümia en cuya empuñadura brillaban varias piedras preciosas. No tardó en darse cuenta de la curiosidad que despertaba. Se acercó satisfecho sacando un pequeño reloj de su bolsillo para mostrárselo á Alina, diciendo:

—Yo tener reló como un señorito. Lo he comprado en Melilla.

Aquello debía ser cosa desacostumbrada entre ellos. Alina fingió interesarse.

—¿Con qué dinero lo has comprado?

—Mío... y de mi padre... tenemos mucho dinero.

—¿Como te llamas?

—Mohamed.

—¿Te quieres venir á España?

—¿A Madrid?

—A Madrid.

Los ojos del morito brillaron de alegría.

—Sí, sí... yo andar contigo... Y temiendo ser víctima de una chanza, añadió: Formal, cristiana, formal.

—¿No habría medio de obsequiarlos?, preguntó Alina, dejándose llevar de la ternura que inspiran los animalillos pequeños.

—Es inútil, señora, repuso el teniente coronel, no tomarían nada. Nuestros moros amigos guardan siempre una prudente desconfianza.

—Que no imitan ustedes cuando les ensa-



ñan la instrucción y el manejo de las armas, repuso ella chancera.

—¡Oh! Es que nosotros somos los civilizados, interrumpió un teniente.

—¡Tal vez!, añadió otro.

—No vayas allí exclamó un pequeñuelo, señalando al Gurugú, hay muchos moros que te dan tiros.

Se sintió conmovida.

—Ves, Luis, á esta edad todos los hombres son buenos...

—Yo saber tocar, añadió Mohamed deseoso de lucir todas sus gracias, y sacó de la escarcela unos canutos de caña lisos, usados, con seis agujeros hechos con un áscua y los acercó á sus labios, produciendo una extraña melodía... Sin duda el mecanismo de tocar aquella flauta, más primitiva que la de los panidas, consistía en la manera de colocar la boca, para formar la lengüeta del instrumento.

No tardaron en acercarse otros dos pequeñuelos: Alí y Aledul; los tres sentados en el suelo, formaban un pintoresco grupo y la extraña melodía, dulce como el gemir de una gaita, iba acompañada del misterio de la letra xellha, con una suavidad sigilosa, solemne, en un ritmo monótono y tranquilo. Sin sus vestiduras árabes aquellos tres muchachos hubieran recordado las pastorales de Longo, y sin el sol ardiente del Africa, que traía entre sus rayos la visión de alcázares, califas y odaliscas á las tristes regiones del Rif, se hubiera pensado en los cantos escandinavos, la nebulosa poesía del Norte y las evocaciones Wagnerianas.

Entre tanto los soldados se habían ido á otro extremo del campamento. Aquellos muchachos españoles, acostumbrados á llevar la guitarra al lado del fusil, empezaron á preludiar los aires nacionales y la triste elegía de una malagueña, vibró en el aire con la melancólica dulzura del alma añorante de Andalucía.

Virgen de la Soledá,
llorando te pediré
que me libres de las balas
para que la vuelva á ver.

Canturreó uno con voz desmayada.

Pasó una ola de amargura por el campamento, con el recuerdo sagrado de las amadas ausentes.

—No cantes eso, exclamó otro reasumiendo el sentir general.

—Pues inventar algo, contestó el cantor, disculpando así su elección desacertada.

Sacar coplas de la cabeza no era difícil para los levantinos, acostumbrados á improvisar cantares á sus novias en los bailes del pueblo. Ahora la musa buscaba los asuntos de actualidad. Algunos habían compuesto romances, muestras de esa sencilla literatura primitiva, popular, que tiene el mérito de salir del corazón, y, por lo tanto, la cualidad de conmovernos profundamente.

Algunos vendían sus producciones en Melilla, con gran aceptación, á pesar de sus faltas de ortografía. Eran verdaderas crónicas rimadas de los combates.

Del 27 de Julio de 1909.
el Batallón de Llerena
muy triste recuerdo tiene
al alto del Gurugú
á pelear nos llevaron
el cual todos subimos
muy valientes y animados.

Apenas empezó el fuego muchas bajas nos causaron de los jefes y oficiales no quedaron más que cuatro.

El alto del Gurugú
es muy malo de subir
más los bravos españoles
pondrán su bandera allí.
El alto del Gurugú
que tanta sangre costó,
los valientes españoles
sabrán defender su honor;
si mañana me digeran
que nos íbamos á España
sin ganar el Gurugú,
me hiría de mala gana.

Los soldados Siro Rea
que al capellán defendió,
se portó heroicamente
luchando como un león.
Mi madre tengo en España
y mi madre tengo en Melilla,
por cualquiera de las dos
daré gustoso la vida,
mucho disgusto tendría
si á la España me volviera
sin ganar el Gurugú
y sin poner nuestra bandera.

Roguemos por los difuntos
del día veintisiete
que Dios les de mucha gloria
como todos se merecen.

Varios soldados se acercaron al *locor* y uno de ellos entonó su cantar:

Al cabo Paco Moreno
le dijo Pedro Martí:
—Ten cuidado con los moros
porque preguntan por tí.

Los soldados prorrumpieron en bravos y palmadas, el *cantaor*, animado por el triunfo, siguió:

Salió una niña traviesa
con el ayo en ocasión
y no se por qué le dijo
á su madre Ata-l'ayén.

—¡Bien!
—¡Bravo!
—¡Otra, otra!
—Bien.
—Bravo.
—Otra, otra.

No se hizo rogar:

Pá'que veas que soy bueno
al moro que encuentre á mano
le he de decir cariñoso:
—Da recuerdos á Margallo.

Los soldados coreaban con palmadas y risas las ocurrencias de sus compañeros.

De pronto una palabra mágica hizo callar todos los ruidos:

—¡El cartero!!

Los que no hayan experimentado el tormento de la impaciencia de esperar una carta cuyo retraso de un día puede hacer no recibirla, no comprenderán la ansiedad inmensa con que se esperaba el correo en Melilla.

Los días de llegada los carteros de los regimientos acudían temprano al muelle, ansiosos de

ver entrar el *Mahón*, el *Velarde* ó *El Cisne*, que les llevaban las noticias esperadas como bálsamo bienhechor entre las zozobras de la campaña. Cuando el mar picado por el levante no dejaba desembarcar, se apoderaba de todos una gran angustia. Se tomaban botes para ir á bordo á llevar ó buscar noticias, maldiciendo el abandono de los que durante tantos años de posesión no habían dotado de un puerto á Melilla. La gente se agrupaba á la orilla del agua, entre el balumbó de mercancías, el ir y venir de muchachos judíos, de trabajadores; y el entrecruzamiento peligroso de carros y vagonetas.

En cuanto desembarcaban el correo la multitud corría á la plaza. Los empleados no podían dar abasto. Se volcaban sacas de cartas á todo lo largo de la estrecha y corta calle del Correo y desde la puerta de éste á la redacción de *El Telegrama del Rif*, se formaban grupos de soldados que buscaban ansiosos las cartas de sus batallones. Jamás se perdía ninguna por culpa de estos ayudantes. Las tocaban con respeto. ¿Quién era capaz de calcular todo el amor, toda la inquietud, toda la angustia que se encerraba en aquellas cartas? Parecía percibirse en ellas las palpitaciones de las almas. Un día de retraso, unas horas y quizás ya no las leería el destinatario.

A veces la compañía, formada al sol más de dos horas para ir á la Restinga ó á las posiciones avanzadas, salía ya en el momento de la llegada del cartero.

Se los esperaba siempre con impaciencia, los soldados salían al camino para verlos venir, y una vez que habían entregado las cartas de la oficialidad les rodeaban asediándoles á preguntas. Todos esperaban oír su nombre cuando empezaba el reparto. Cualquier carta que distraía un momento de tedio era recibida con placer. Los que veían defraudadas sus esperanzas no podían dominar la contrariedad, y la zozobra venía á unirse á los tormentos de la ausencia. Las preguntas formuladas en voz baja habían de quedar sin respuesta. ¿Qué sucederá? ¿Por qué no me han escrito? Algunos no se resignaban. Creían en la carta perdida, en la dirección mal puesta y rogaban que se las buscasen.

Los dichosos se reunían en grupos, leían las cartas en alta voz, las pasaban de mano en mano; en su vida monótona era una distracción el cambiar impresiones, el comentarlas. ¡Y sin embargo, todas aquellas cartas decían lo mismo! Bastaría cambiar el nombre para que pudiesen servir á todos. Las palabras varían poco cuando el sentir común de las madres y las amadas las animan.

En seguida empezaba á pensarse en contestar: los oficiales lo recomendaban y lo aconsejaba el egoísmo de recibir pronto otra misiva. No todos sabían escribir. Algunos lo hacían con tanto trabajo que gastaban varios días en su empresa,

aprovechando las horas de descanso. Los cabos y los compañeros que sabían bien de letra sufrían la persecución de los analfabetos. Aquellas cartas decían también todas lo mismo. Hablaba sólo la pasión. Sería inútil buscar noticias de la guerra. Ellos no sabían nada de los planes de los jefes ni de las circunstancias de la campaña. Su



papel se reducía á esperar órdenes, á obedecer puntualmente la severa ordenanza; saber batirse hasta morir ó vencer. Lo demás no era de su competencia.

Así es que sus cartas eran siempre el fiel reflejo de su incertidumbre. Si hablaban de algún combate era sólo refiriéndolo á su interés personal. Alguna vez aparecía en las líneas un rayo de amor á los jefes ó un sentimiento de deseo de venganza contra los marroquíes que les habían

hecho experimentar la amargura de una derrota. Se encendía en sus pechos el amor á la patria y narraban sus anhelos de victoria juntos con el relato de las privaciones de la campaña.

El alma, siempre femenina de la multitud, aún siendo formada por hombres, les inclinaba á respetar á los jefes que sabían amarlos, alucinar-

proezas realizadas en el Rif. Que los chicos los mirárasen con la admiración que ellos sintieron un día cuando sus abuelos les contaban la campaña carlista; y eso que aquello era pelear con cristianos, hombres como ellos, no con los rifeños; de doble estatura, feos como demonios, que con los ropajes de fantasmas se precipitaban desde las lomas dando gritos extraños, furiosos como lobos hambrientos. ¡Era menester ser español para no sentir miedo de aquellos tíos!

Luego aparecía en la carta el elemento de los recuerdos, la evocación del terruño. Hablaban de todos los lugares y la lista de las memorias parecía un santoral á pesar de la socorrida muletilla y á todo el que preguntase por mí.

Otro de los rasgos psicológicos del soldado consistía en el afán de enviar retratos. Una nube de fotografías descargaba sobre los campamentos y todos hacían buen negocio. El soldado se gastaba los ahorros en comprar tarjetas. Experimentaba al mandárselas, para que vieran cómo estaba y qué hacía, igual contento que si con aquel retrato fuese tanta parte de su alma que él también pudiese verlos. El deseo más grande era salir retratado en los papeles.

Alina sentía al contemplarlos cierta respetuosa ternura que no había experimentado nunca en tiempo de paz, cuando los veía en las calles, en las plazas ó en los cuarteles. Sentía abrirsele las entrañas en un amor maternal para todos ellos. Apreciaba á un tiempo el honor acendrado y el valor sereno de la oficialidad y el generoso desprendimiento, la sencillez y la nobleza de los soldados; orgullosa de haber nacido en la tierra española con la superioridad innegable de una raza ennoblecida por la selección natural del sentimiento, única digna de tenerse en cuenta en el origen común de los humanos.

Gonzalo había recibido una carta que conservaba en la mano sin abrir. Alina fijó la vista en ella y no pudo contener un movimiento de disgusto. Había entablado con el capitán una amistad verdadera, bajo la base de que ella llevaba á su vida el calor de un afecto sincero y desconocido. Se aproximó á él y le dijo con voz en la que vibraba un ligero despecho:

—Le escriben á V... Lea esa carta... acaso...

—Me escribe mi administrador, respondió. Es poco interesante.

—¿De veras?

—Mírela V. Le entrego el sobre cerrado. Un rayo de alegría iluminó los azules ojos de Alina. El la miró sorprendido.

—¡Alina! En su voz había una revelación y una súplica. Esquivó ella los ojos apasionados y asustada del tumultuoso latir de su corazón se alejó hacia donde habían ido su esposo y los otros oficiales.

Varios soldados conducían un prisionero de la Tribu de Kbdana al fuerte de Camellos. Lo



los con su valor, dignificándolos como se dignificaba á la mujer amada. Si alguna vez no hablaban de sí mismos en las cartas era para mezclar un nombre de un jefe famoso por su valor ó de un compañero heroico: Burguete, Privalo Maciá. Otras veces hablaban de su capitán ó su teniente para repetir las frases de elogio que habían merecido. Se callaban siempre las correcciones. Su ideal de gloria consistía en poder narrar á su vuelta á la familia, en las noches invernales,

traían del Hospital donde le habían operado un tumor en la garganta, á pesar de los gritos y protestas del infeliz que creyó los preparativos de la operación encaminados á su muerte. Todos acudían á verle. Contemplar un rifeño de la terrible jarca era cosa curiosa. No se dejaban ver. Caían lluvias de balazos sobre los convoyes y sobre los campamentos enviados por un enemigo invisible, que desaparecía al contestar á la agresión. Más que ejército enemigo, los kabileños eran una partida de cazadores de hombres. Las condiciones de su suelo les favorecían de modo que unos cuantos centenares podían tener en jaque á un numeroso ejército.

El aspecto del Kebdana defraudó todas las

que la falsa mansedumbre del moro le producía.

—Así son todos estos kabileños, murmuró de modo que no pudieran oírlo, el fusil en una mano y la bandera blanca en la otra. ¡Si yo fuera por una semana General en Jefe!

VI

Los días se deslizaban lentos, angustiosos entre los tormentos del hastío y de la impaciencia. En ninguna parte había tanta dificultad como en Melilla misma para saber lo que sucedía. Se esperaban los periódicos de la Península con ansiedad. A pesar del retraso, ellos llevaban á los



esperanzas. Tenía un rostro dulce, simpático, unos ojos claros, ingenuos, honrados y una boca que se cerraba con plegadura mística.

Su mirada se fijaba con cariño en los españoles y repetía á cada momento en mal castellano á pesar de haberlo cogido con las armas y en campaña.

—Yo ser amigo... yo amar España... los míos tres mil ir á Madrid á besar pies del rey y entregarle fusilas... yo, ser amigo... yo ser amigo.

El marqués de San Mario se dejó seducir por su falsa dulzura y le tendió la mano.

—Mira, moro, yo soy el marqués de S. Mario... sobrino de la Marquesa de...

Alina no pudo contener la risa.

—Marqués, ese pobre hombre no va á poder retener tanto título ni tanto parentesco.

—Tiene V. razón... Pero me da lástima de él, quisiera hacer algo en su favor. Es el primer enemigo que veo... A pesar de que he salido sólo para el Gurugú... No he logrado ver á ningún otro kabileño... Parece que huyen de mí. ¿Si oleré yo á ajo?

El Comandante no pudo resistir la indignación

campamentos lejanos detalles de los combates, episodios y noticias de la suerte de los campearos. Eran los únicos amigos que rompían lo monótono de aquellos días de expectación. Todos hablaban en voz baja de grandes proyectos, de salidas heroicas, del esfuerzo supremo que había de llevar al término ansiado.

Los soldados no eran ya aquellos muchachos que apenas sabían cargar un fusil. Habían sentido el latigazo del terrible 27 de Julio, olfateaban la embriaguez del combate y sentían ansia de represalias.

Desde que la Diana poblaba con sus alegres sonos el aire, empezaba la animación en los campamentos. Cada orden de marcha, cada toque de botasillas, cada compañía que se formaba para efectuar un relevo hacía estremecer como el signo del principio de las anheladas operaciones. Se sentía acercarse el momento. Más de una vez, al racionar á las tropas ó pasar revista, se creyó que llegaba el instante de la lucha. Se esperaba como si de una sola batalla dependiese el resultado y todo fuera á quedar tranquilo después. Cada uno pensaba en su sacrificio ó en su

triunfo; pronto, rápido; la muerte era preferible á aquel estado de cosas.

Pasaban los días en hacer instrucción en los campos cercanos. Todo aquel campo parduzco, terragoso presentaba un aspecto pintoresco, épico; parecía la decoración de una gran ópera Wagneriana en el escenario del teatro de la Naturaleza. Se tendían los batallones formando cuadros, se desplegaban en guerrillas, marchaban con el paso elegante, rítmico, de los cazadores, que parecen caminar á la victoria confiados en su bayoneta y el valor de sus pechos más que en la defensa del maüßer. Se les veía tirarse á tierra, esconderse detrás de las piedras, apuntar desde el suelo ó levantarse con ligereza.

Después, en las horas de descanso, el baño les prestaba un confortable refrigerio. Siempre había soldados bañándose en la playa ó lavando sus



ropas en las orillas del Río de Oro. Mientras se lavaban el uniforme se quedaban en ropa interior, era un cuadro curioso, verlos casi desnudos con el *salakof* puesto, restregando los vestidos con jabón ó apaleándolos con pedazos de madera, en la corriente del río é ir luego á tenderlos en las arenas, cerca del fusil, mientras esperaban que se secase escribiendo una carta sobre las rodillas ó sobre los lados lisos de un canto rodado, sin hacer caso del sol ardiente que les abrasaba con sus rayos. Por fortuna el aire libre y las brisas del mar mantenían un buen estado de salud en las tropas: casi todas las bajas por enfermo se debían á las malas condiciones del agua salitrosa y purgante que desarrollaba las enfermedades gástricas.

Alina se aburría en la plaza en la monotonía de los días semejantes. El hotel lleno de periodistas y militares, ofrecía siempre idéntico cuadro, y la población el mismo aspecto de tráfico. Los oficiales que llegaban de los campamentos y los de la plaza; pasaban los horas en el balneario ó tomando cerveza ante los barracones de la Inglesa, donde una jovencita delgada, pálida, despachaba detrás del mostrador con reflexiva seriedad.

Los periodistas se desesperaban; siempre de un lado para otro, sin encontrar noticias emocionantes, obligados á recatar de sus amigos los pensamientos y las conjeturas. El sueco, pensativo y triste siempre, iba acompañado de un hebreíto, un *amigo del corazón*, y alguna vez venía á contarle á Alina sus pesares, de no ser comprendido por el niño, que le abandonaba para ir de diversión con los moros. Algunas señoras le hacían largas visitas y le hablaban de los horrores de los sangrientos combates y del deseo que tenían de que todo terminase pronto para que la *Capona* (1) volviese á dar 30 raciones de *etapa* (2) por 6 pesetas. El día lo pasaba en el campamento del Hipódromo, donde estaban destinados su esposo y Gonzalo, menos algunos que destinaba á visitar los hospitales y á repartir socorros que se le enviaban para soldados y heridos.

Allí, en las largas salas del viejo hospital, se le presentaba todo el horror de la guerra en aquellos despojos. Los heridos leves iban á la Península, los graves los atravesados de pecho y vientre, los que tenían rota de un balazo la cabeza, quedaban allí y gemían en los lechos, suspirando por la visión lejana de la patria. Veía á muchos inmóviles con los ojos cerrados sobre los aparatos que indicaban haber sufrido la amputación de piernas ó brazos. Un obrero de los que fueron víctimas en la primera agresión, origen de la guerra, y que escapó herido, ocupaba una de las camas y aún se estremecía de terror recordando la carrera loca por el mar de arenas abrasadas para salvar la vida, perseguido por los rifeños y procurando dominar el desfallecimiento de la muerte. Un corneta que se había quedado sordo-mudo por el terror y algunos moros adictos que padecían en los lechos á causa de las heridas. Nadie se quejaba. Los médicos se desvivían por complacerlos, las Hermanas de la Caridad más solícitas que afectadas, por la costumbre de contemplar padecimientos, la acompañaban en sus paseos por las polvorientas y largas salas, saturadas del olor de los desinfectantes, cuyos ven-

tanales dejaban ver el mar azul que anhelaban cruzar para ir á la lejana tierra donde labios amorosos besarían la herida. Entonces podrían quejarse y llorar sin rubor.

Las noches eran angustiantes, un grupo de bebedores se sentaba en la puerta del hotel y se descorchaban botellas, se hablaba y se reía alto; aquella era la jarca de los *opinadores*, brotaban allí sabios. De oírlos no se comprendía cómo tan fáciles remedios no se habían aplicado ya. Sobre el ruido de voces con que todos querían hacerse oír sobresalían siempre frases. «Yo creo», «yo haría», «yo aseguro» y aquel *yo* triunfante, como centro del universo explicaba planes rapidísimos para acabar la guerra de victoria en victoria.

Les oía desde su cuarto con el mismo desagrado que escuchaba el rugir del mar y del viento desencadenado que pasaba aullando como almas precipitadas en un infernal torbellino de furias. Le parecían alaridos de los insepultos y gemir de los que les amaron.

Una inquietud extraña se había apoderado de

(1) Economato militar.

(2) Una cantidad de arroz, garbanzos, aceite, etc.

su alma, la imagen de Gonzalo la perseguía, se mezclaba en sus ensueños y en sus recuerdos; dejando en segundo término la de su marido. Se reprochaba aquel sentimiento involuntario al que se esforzaba en dar el nombre de amistad para evitarle el remordimiento de ofender el cariño puro, dulce, tranquilo, casi filial que siempre había sentido por la noble afectuosidad de su esposo.

Inquieta, nerviosa, agitada, luchaba por separar de sí el cariño que el joven la inspiraba; se prometía alejarse de su lado... no verlo... En cuanto después de la agitación de la noche despertaba, su primer cuidado era enviar por el destaralado carruaje y trasladarse a la playa cerca del fortín del campamento. Allí acudían a buscarla Gonzalo y su marido y si las necesidades del servicio lo consentían, pasaba el día con ellos. David la acompañaba siempre solícito, la seguía mientras andaba y se echaba en el tramo de la puerta cuando penetraba en alguna parte. Siempre el abanico, la sombrilla, el pañuelo eran ofrecidos oportunamente por el hebreo con solicitud de perro fiel y ella se sentía complacida, le gustaba que en vez de Juan ó Antonio, el muchacho tuviese el poético nombre de David.

Aquellas horas pasadas en el fortín tenían el privilegio de hacerle olvidar al mundo. Se familiarizaba con el espectáculo pintoresco de la guerra, con el horror del *mal necesario*, y hasta sentía los anhelos de lucha, el odio á los semejantes, la alegría del triunfo alzándose sobre el dolor de las víctimas; aunque una protesta de lo más íntimo de su alma la indignaba contra la crueldad de los sentimientos que hacen llegar al odio por el camino del amor. Hasta sus mismos remordimientos callaban en aquel ambiente. Cerca de su marido y de Gonzalo se sentía amada, feliz. Los envolvía á los dos en el mismo afecto.

Cuando el sol caldeaba demasiado y los soldados empezaban su baño, Alina subía la escalera en espiral de la torrecilla del fortín é iba á situarse en la plataforma. Allí, entre las almenas, había siempre un centinela, fusil en mano, con la bayoneta calada, de cara al enemigo, ojo avizor á las cañadas y riscos del Gurugú, donde se veían las pardas chilabas entre pedruzcos y chumberas.

Contemplaba desde allí un extenso horizonte; cerca, tendido á sus piés, el campamento español, con los pequeños conos de las tiendecillas de lona. El fortín rodeado de sus defensas exteriores, las alambreras, el foso, los muros erizados de las puntiagudas bolas de hierro de los caballos de frisa y las trincheras de sacos de tierra ó ladrillos y piedras.

En frente se alzaba el cerro, ofreciendo en sus vertientes el poblado de Mezquita, y algunos derruidos lugarcitos, la loma verdeante del siniestro barranco del Lobo, donde seguían insepultos los cadáveres profanados, y bordeando la montaña; los Lavaderos, la Posada del Cabo Moreno, especie de corral con tinadas, las Casetas y los Blocaos que se alejaban hacia la Restinga y la Mar Chica, la extensa playa azul que cruzaban los vapores, y la cumbre del Atalayón, el pequeño cerrete coronado por la estrella del heliógrafo, brillante como el sol, que les enviaba noticias á los heliógrafos del Zoco y de la Plaza.

Por allí pasaban todas las fuerzas, todas las compañías, todos los relevos; el general Marina rodeado siempre de la policía indígena, con sus abigarrados trajes flotantes, decorativos.

Todas las mañanas veía el convoy, con el aspecto pintoresco de una cinta cinematográfica. Pasaba el tren con las vagonetas descubiertas,

en las cuales se sentaban multitud de soldados; la maquinilla caminaba despacio, silenciosa, sin lanzar sus penetrantes gritos de vapor; delante los dromedarios, con sus cuellos largos, cargados de provisiones; los árabes de Túnez, con la túnica negra sujeta á la cintura por la faja de borlas rojas y el puntiagudo fez sobre la frente.

La caballería abriendo la marcha y cerrando la retaguardia, la artillería de montaña y los soldados con la mochila á la espalda, el fusil al hombro, desplegados en guerrilla á todo lo largo de la línea, dispuestos á atacar ó á defenderse.

Aquel espectáculo seductor ocultaba el horror de la guerra con una crueldad suprema. Sabía que alguno de aquellos no había de volver; se jugaba todos los días una triste lotería de muerte. Más que guerra parecía una cacería de hombres; los rifenos esperaban tendidos á lo largo del camino, ocultos en sus barrancos y desde los escondites hacían blanco, cobrando una lenta contribución de sangre, sin que se supiese de donde habían salido los tiros. Algunas brigadas contaban las bajas á centenares sin haber entrado en combate.

Un día sucumbe el oficial que va sentado en la vagoneta de un tren minero, otro la bala del *Paco* apaga, allí mismo, á su vista, la copla en los labios de un soldado. Las traiciones de los *moros amigos* se multiplicaban. Muchos, después de ir á Melilla á vender sus productos y explotar á los cristianos, se reunían con la jarca á combatir contra ellos. Se encontraban cadáveres enemigos con el brazal de los colores de España. Su sentimiento de mujer, más idealista que práctico, hubiera deseado evitar aquellos peligros á las tropas y mortificaba á sus amigos con incesantes preguntas.

—¿Por qué no van en vagones blindados y no expuestos á morir sin defensa? ¿Por qué se desprecian vidas? ¿Hay tanto amor en cada una de ellas!

Y la respuesta era el parte del convoy que escuchaba todos los días á la hora escasa de haberlos visto pasar. Llegaba el soldado, sudoroso, jadeante, que apenas podía cuadrarse y llevar la mano á la sien con el saludo militar.

—A la orden, mi teniente; ocho bajas.

Y sin esperar respuesta se alejaba, después de repetir de nuevo:

—A la orden, mi teniente...

Aquellas *bajas* significaban heridos, muertos; vidas llenas de amor y de grandeza, truncadas en un momento por el traicionero pedazo de plomo.

Y sin embargo nadie parecía conmoverse, se continuaba la conversación interrumpida y en ocasiones se apuraba el vaso empezado. Nadie podrá expresar jamás el estremecimiento de frío que corre la columna vertebral, el horror de esa indiferencia, el desprecio secreto que sentimos por la *excelsitud* que nos abrogamos.

Volvía á ver pasar el convoy de vuelta entre la sombra de la tarde, venían ya cansados, tristes, deshechos. Morían sin combate, sin gloria. Las vidas lozanas iban en las camillas. Alguna vez se detenían á descansar los camilleros y se contemplaba el rostro angustiado de un herido, que pedía ansioso «Agua», ó la cabeza pálida de un muerto. Sólo á la suerte se debía que no fuesen más las víctimas, bajo la granizada de las balas de enemigos invisibles. Pensaba en la desesperación inmensa de las que en aquel momento elevaban por ellos sus preces y comprendía el sentimiento de la cantinera que un día depositó un beso en la frente de un cornetilla muerto, ca-

si un niño, diciendo: «Hijo mío, ya que tu madre no puede besarte, te besaré yo por ella».

Ser madre es sentir rajarse las entrañas en la conmoción de un dolor supremo.

Conforme avanzaba la tarde se sentía nerviosa, inquieta, había de separarse de los que amaba, con la incertidumbre de no volverse á ver. El apretón de manos de un amigo iba siempre acompañado de la idea de la separación eterna.

Cuando el clarín llamaba á los músicos para tocar la retreta era preciso subir al coche y regresar á Melilla; la ordenanza no toleraba gente en el campamento á aquellas horas; aún era una imprudencia cruzar tan tarde los peligrosos caminos.

Con los faroles apagados, andando despacio, el coche avanzaba entre el manto de la noche africana. El espectáculo era imponente; en el cielo oscuro, sin luna, brillaban los luceros como clavos de plata hundidos en profundidades de terciopelo azul. De todos los campamentos salían los ecos de las retretas en las que las charangas ejecutaban lindas piezas musicales; se aprestaban las tropas á cubrir las avanzadas nocturnas, los reflectores brillaban alumbrando con sus haces de luz el siniestro monte del Rif, que acentuaba la sombra con su mole roquiza, y algunos heliógrafos rompían las tinieblas como si las iluminasen con el pensamiento transmitido por ellos.

Cada cien pasos la voz de un centinela obligaba á detener el vehículo. «Alto». Había que llevar el oído atento para no recibir un balazo en castigo á la desobediencia. «¿Quién vive?» Volvía á exclamar la voz amiga, entre la sombra, y se entablaba el consabido diálogo: «España». «¿Qué gente». Cuando Alina iba sola á la voz «Paisanos», se seguía larga espera, «Cabo guardia, paisanos», gritaba el centinela y había que esperar que el cabo llegase á reconocer el coche y autorizase el paso. Cuando la acompañaba algún amigo, bastaba la respuesta «Oficiales» para que después de añadir «¿Qué regimiento?» y oír el nombre amigo de «Figueras» ó «Reus», el centinela exclamara «Adelante».

El coche volvía á emprender el camino entre el manto de la sombra que amenazaba desgarrarse con el fogonazo de un fusil ó con la aparición de los rifeños envueltos en sus jaiques blancos, y no tardaba en ser detenido con un nuevo «Alto».

La ansiedad hacía latir el corazón emocionado y á la pregunta de «¿quién vive?» los labios repetían siempre cariñosamente, con el amor, con la devoción suprema con que se pronuncia el nombre de la madre: «¡España!»

VII

Una mañana, al volver al Hipódromo, experimentó una sensación dolorosa. La brigada de su esposo había salido para la Restinga. Comenzaba el avance.

Por fortuna entre los oficiales que restaban en el campamento hallábase Gonzalo. El movimiento de alegría que experimentó la asustaba. ¡Aquello era una obsesión que acabaría al terminar la guerra! Quería buscarse una disculpa pensando que no había nada de extraño en su afecto hacia el joven, que no poseía otro cariño en el mundo, cuando ella experimentaba tan profunda ternura por todos. Sin duda tenía su base en el mismo cariño y amistad que su marido le profesaba.

Retirada en el Hotel seguía con ansiedad y zozobra todos los detalles de la campaña. Por fortuna éstos no podían ser más tranquilizadores.

Se iba de triunfo en triunfo, el Rif se ensanchaba ante el ejército español que avanzaba victorioso hasta el Muluya, Cabo de Agua, Nador y Zeluán con escasas bajas.

Algunas tribus se sometían enteras. Al acercarse los españoles enarbolaban banderas blancas y acudían á humillarse con una doblez impropia de su legendario espíritu á los pies de los generales. Después del sacrificio de entregar sus armas, se postraban en tierra y besaban los cascos de los caballos. Aquello recordaba la sumisión de los indios americanos ante los conquistadores, en las épocas de nuestra grandeza y poderío.

Parecía próximo el término de una guerra en realidad interminable. Puesto que la hostilidad no cesaría nunca y siempre habría un rifeño dispuesto á comenzar de nuevo el ataque cuando



España retirase su ejército. Por un fenómeno raro deseaba la terminación y la tenía como el fin de su dulce intimidad con Gonzalo.

El Capitán la acompañaba continuamente; raro era el día que con algún pretexto no venía á comer en el Hotel. Por la tarde le tocaba á ella ir al Hipódromo á buscar noticias de su marido; y por las noches, sin podersele impedir con sus débiles súplicas de oposición y deseo á un tiempo mismo, el oficial escapaba del campamento para venir á buscarla.

Aquellas escapatorias iban rodeadas de una gran emoción. En cuanto después de la retreta el Capitán comunicaba á su jefe que estaban todos los oficiales en su puesto se retiraba á su tienda y esperaba ansioso el toque de silencio, para escapar, por debajo de las alambradas y recorrer el camino á pie, entre la sombra, sólo, expuesto á los tiros de un centinela asustadizo. Alina lo esperaba ansiosa en la ventana. Si la luz de algún tiro brillaba á lo lejos sentía una angustia inmensa, como si una losa le oprimiera el pecho, no respiraba á gusto hasta que le veía aparecer, esbelta, sonriente, con la mirada llena de amor y promesas, que no llegaban jamás á los labios.

Los dos salían juntos, iban á sentarse en los

bancos de conchas marinas, entre los bosquecillos de palmeras del Parque Hernández. Aquellas noches africanas, con su tranquila calma, tenían una poesía suprema aumentada con el sabor acre del peligro. El hermoso paseo estaba sólo; los habitantes de Melilla apenas salían de sus casas, y los oficiales preferían la charla de los opinantes del Hotel ó la conversación de las cervecerías mejor que aquella calma poética; poco propósito para todos los que no pueden hallar un solaz en la vida de las esperanzas ó de los recuerdos.

Los dos saboreaban la dulzura de aquel ambiente delicioso, felices de verse el uno cerca del otro, sin atravesarse á pensar en lo porvenir ni en el misterio del encanto que les unían. Todos sus actos iban impregnados de la ternura de un amor verdadero, contenido en los límites del deber y que acaso, á pesar de sus movimientos de rebeldía, no se confesarían nunca. Discutían afablemente. Ella no comprendía la guerra, él la amaba con la educación recibida en la Academia. Acababan por quedar conformes cada uno de los dos en las teorías de su contrario y entretenerse en nimiedades. Ya una hoja de palmera arrancada por él iba á ocultarse en el pecho de ella con el incentivo misterioso de la cigarra de oro de Cloe; ya una concha que acariciaba la mano de Alina hallaba albergue sobre el corazón del bravo Capitán, con cariño de escapulario. Las noches de sombra, cuando la luna dejaba caer su disco de plata detrás de las crestas del Gurugú, las alarmas se sucedían.

Los rifeños á favor de la obscuridad atacaban los campamentos, siempre traicioneramente, en pequeños grupos, lanzando gritos y alaridos. Los destacamentos de los puestos avanzados resistían con valor aquellas acometidas. Primero se acercaban los perros descubriendo el terreno y detrás los moros que disparaban los fusiles á favor de la obscuridad, variando de sitio antes de que contestaran las descargas de fusilería. Gracias á los reflectores no se verificaba una sorpresa grave.

Algunos moros llevaban grandes piedras que lanzaban con hondas. Como muchos de ellos habían sido vendedores en Melilla, insultaban á las tropas en castellano.

Los soldados no tenían noche tranquila, habían de dejar el descanso para acudir á reforzar las avanzadas y contestaban á los tiros y á los insultos.

—Cristianos—aullaban los moros—hijos de... perros...

—Tu mujer es una... Maldito respondía un soldado.

—Gallinas, gritaban otros rifeños y continuaban con voz femenina y burlesca. ¡Cabo Guardia!... ¡Socorro!

—Toma pan y moja, canalla, contestaban los españoles enviando una descarga cerrada.

Algunas veces el cañón se veía obligado á disparar; resonaban sus ecos apagados, sin estruendo, haciendo estremecer los corazones como anuncio de combate.

Desde la plaza el espectáculo era imponente. Se veían hogueras como estrellas sangrientas en el cerro, que presagiaban desgracias; las hogueras de la jarca fanática para reunirse contra los cristianos. Se escuchaban en la lejanía toques de clarines, el reflector iluminaba con sus juegos de luz los campamentos que parecían ciudades fantásticas, y en medio de la sombra los fogonazos de los fusiles brillaban como mixtos de bengala, apagados al encenderse. Con el reloj en la mano, Alina y Gonzalo contaban los segundos para precisar la distancia

de los moros. Se hallaban allí mismo, á menos de dos mil metros. Era desesperante tener que luchar casi cuerpo á cuerpo con un enemigo invisible. Su pericia del terreno y sus chilabas color de tierra les aseguraban la impunidad.

Cuando el amanecer con su luz blanca, volvía la tranquilidad á todos, empezaba el mayor tormento de Alina. Gonzalo había de volver al campamento; se estrechaba contra su brazo conmovida, temerosa del peligro que iba á correr; anhelante hasta el momento de volverlo á ver de nuevo á su lado, presa de temor é incertidumbre.

VIII

Una noche Gonzalo no acudió á la cita. Vió llegar el día cerca de la ventana, llena de angustia, creyéndose presa de una fatigosa pesadilla;



la blanca luz matutina y la pereza del aire en calma parecían invitarla á los ensueños; pero el estampido sordo del cañón, opaco, estremeciendo los muros, con sus disparos, en el *barrido* de la mañana para alejar los moros del camino del convoy, le avisaban de que la guerra ardía en las montañas del Rif.

En cuanto se tocó diana, acudió al campamento. El judío se adelantó á llamar al capitán. Le vió llegar en traje de marcha, la compañía estaba formada.

Se estrecharon la mano sin hablar.

—Gracias, Alina; unos minutos más y no la hubiera visto...—dijo él.

Ella no podía hablar de la emoción. En sus ojos azules había una pregunta.

—Salimos para el Oeste. Es el avance decisivo: Benisicár, la península de Tres Forcas y el Gurugú. Se prepara un movimiento envolvente, simultáneo.

Alina se estremeció. ¡El avance! ¡El peligro del que amaba! Tenía que resignarse á verlo partir, tal vez á la muerte, sin poder ir al lado suyo y escudarlo con su pecho. Había oído decir á los periodistas que la jarca recibía grandes refuerzos y que los santones predicaban la Guerra Santa. Sin poder articular palabra, rompió á llorar con desesperación, cubriéndose el rostro con las manos marfilinas; su cabeza, con un movimiento natural, buscó apoyo en el pecho de su amigo y sus rubios rizos metálicos rozaron el moreno rostro del oficial.

Los ecos de la corneta anunciaban la salida de la compañía, el capitán debía estar en su puesto. Apretó contra su pecho aquella cabeza querida, apartó las manos que le cubrían el rostro, y con voz breve, emocionada, más baja que los latidos que le martilleaban el pecho, exclamó fijando los ojos en ella:

—Alina... Alina... Me voy... es preciso... tal vez no vuelva á verte... dame un beso... ¡El primero... y el último!

Y en aquel momento supremo, en que el corazón debía abrirse al amor, al sentimiento, los atavismos y las preocupaciones pesaron sobre su espíritu con la sombra del deber; la figura de su marido, también en peligro, que la reconvenía:

Echó hacia atrás la cabeza con un movimiento supremo y con una mirada que ponía más amor en la negativa que en la caricia, murmuró: —¡No!...

El clarín resonó de nuevo.

Gonzalo depositó un beso apasionado en la mano que se le tendía suplicante para dulcificar el rigor, y partió ligero á ocupar su sitio.

Un momento después, Alina, entre lágrimas, le veía alejarse, sin volver el rostro, al frente de la compañía. Su alma toda le enviaba el beso que le acababan de negar los labios ¡y entonces no sentía remordimientos!

IX

La batalla había comenzado. Se escuchaba desde la plaza el ruido de las descargas de fusilería de nuestras tropas con un eco sonoro, enérgico; prolongados *Ras*, que las diferenciaban del *Pa-co* con que parecía sonar en dos voces apagadas el tiro de los fusiles moros; los fuertes de Camellos, Alfonso XIII, Cabrerizas y Rostrogordo disparaban sin cesar sus cañones, una atmósfera

de fuego parecía envolver la ciudad, hasta la que llegaba el olor de la pólvora. Reinaba una ansiedad mortal, á cada momento llegaban partes al Estado Mayor y las gentes inquietas, buscaban noticias; balcones, terrazas y calles se llenaban de personas. Muchos paisanos salían de Melilla y corrían hacia el lugar del combate; familias de los luchadores, presas de angustia mortal, se lanzaban á las lomas próximas á contemplar la batalla.

Alina se colocó el brazal de la Cruz Roja y acompañada de David salió al campo en dirección al fuerte de Camellos. Antes de llegar les fué preciso detenerse. Una multitud de moras, que venían corriendo en tropel hacia la plaza, les dificultaba el paso.

Los poblados de Frajana y Benisicár, incendia-



dos por las granadas, ardían envueltos en un humo rojizo. Hombres, mujeres y chiquillos salían corriendo á la desbandada sin saber á dónde dirigirse, las bombas del Schneider les alcanzaban y al caer entre los grupos les destrozaban, arrojándoles por el aire como cascotes de una piedra rota al estallar un barreno. El único refugio estaba en el campo español, y la hajeza de los kabileños se demostró una vez más acudiendo á pedir con humildad amparo al enemigo.

Mientras los hombres combatían contra los cristianos, una turba de mujeres, chiquillos y viejos avanzó en confusión revuelta hacia Melilla.

Aquellas mujeres que venían á acogerse á la hidalguía castellana sabían combatir como todas las hembras de los pueblos nómadas al lado de los hombres; ellas eran las que les llevaban armas, municiones, viveres, les alentaban ferocemente á la matanza y hasta les ayudaban saciando su odio religioso, con ese apasionamiento de la mujer contra los *Rumi*, malditos por sus santones. Apaleaban con porras de madera, claveteadas de hierro, á los soldados rendidos y moribundos. Más de una mora había perecido en el campo de batalla y algunas se arañaban el rostro

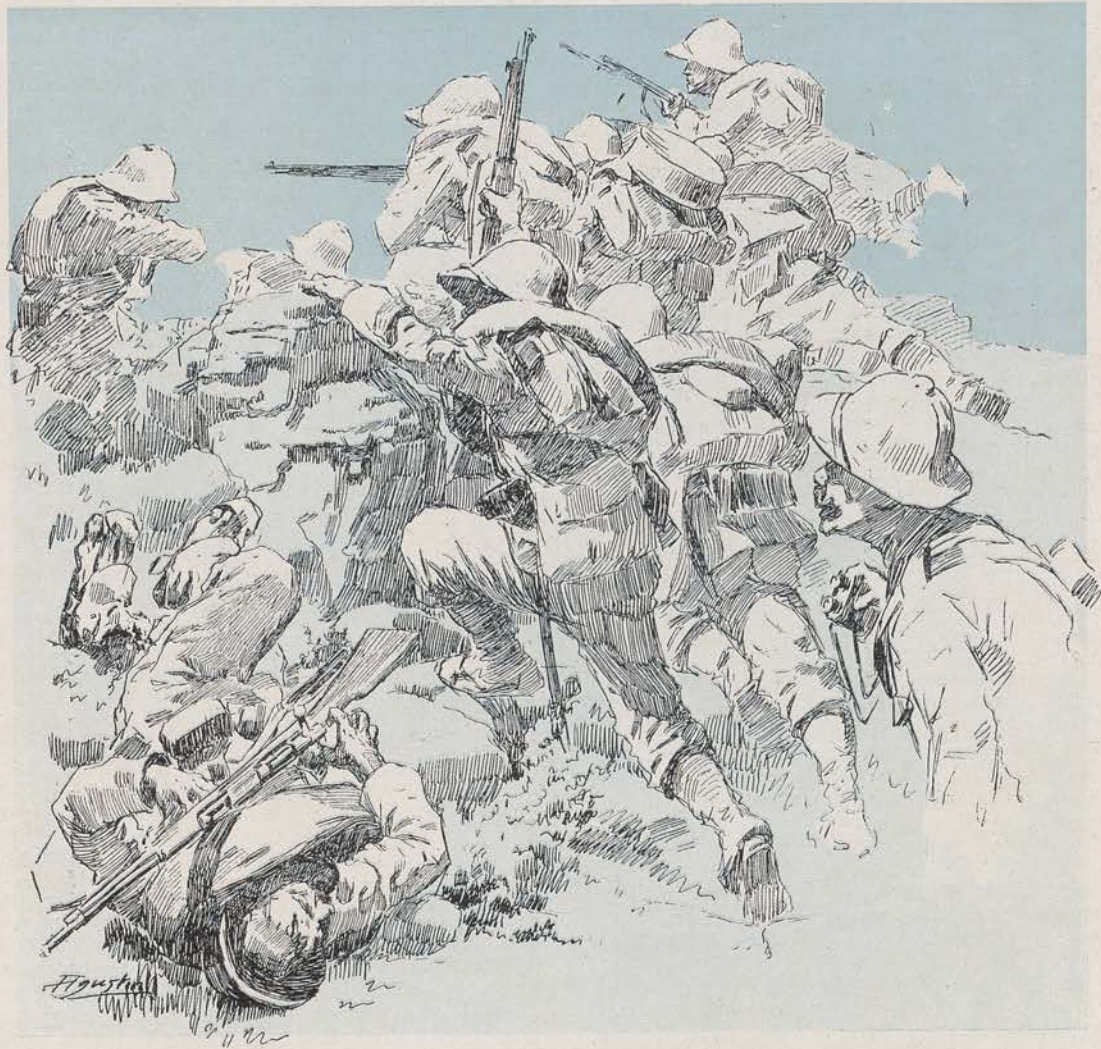
con desesperación de furias infernales cuando sufrían una derrota.

No iban á la lucha por amor á los suyos sino por ferocidad, por odio al enemigo. Las leyendas de su apasionamiento eran tan falsas como las de su belleza. Amaban á los hombres con amor de hembra, que se dá por igual á toda virilidad y á toda fuerza. El señor, el amo, era más temido que amado, inferiores á él no sentían celos; su deseo de complacerlo era el medio de asegurar su favoritismo y bienestar.

Dedicadas á los trabajos más rudos, esclavas de

ñando tatuajes en los brazos y las secas y largas piernas. En su huida no olvidaban á los animales que formaban su riqueza, procurando salvar los rebaños de vacas y carneros. Traían los muchachos pequeños sujetos en una especie de mochila á la espalda y los mayorcitos cogidos á la falda, casi rodando sobre los peñascales. Muchos morirían entre el incendio de su Dchar, porque se habían acordado más de los animales que de ellos.

Los españoles acogieron á las fugitivas en el Dchar cercano. Aquellas aldeas de los bereberes



los dueños que no se ocupan más que de la caza en su vida de molicie de zoco en zoco; prematuramente maduras, bajo el sol de llamas de aquel abrasador clima africano, las moras eran todas feas, desformadas, negras. Las favoritas se distinguían entre aquella turba por la sebosa obesidad adquirida en la inacción del serrallo, comiendo harina y bebiendo té con ambar para engordar. La única belleza residía en los blanquísimos dientes y los ojos luminosos, negros, grandes, en los que había algo del misterio de los gitanos. Las cabelleras, tan lindas desde lejos, consistían en madejas de algodón negro, dispuestas en largas trenzas, que ocultaban la tiña de sus pelados cascos.

Venían cargadas de enseres de sus casas, sin cuidarse del recato de cubrirse el rostro, ense-

se diferenciaban de los aduare de los moros en que en vez de habitaciones nómadas son el asiento fijo de sus futuras ciudades. Hay una lucha que decidirán los siglos entre el Dchar y la próxima ciudad cristiana. Todos acudieron á cobijarse en el abrigo que se les ofrecía, á guarecerse en las casucas parecidas á corrales con muro de piedra sin enlucir y techos de alcalifa sujeta con tierra y cascajo. Se las veía recorrer las calles desiguales, llenas de pajaza y estiércol, donde una piara de chiquillos se revolvía entre cerdos y gallinas, llamando á las puertas que no querían abrirse. El eco de sus voces, sus maldiciones y sus llores acompañaba al estruendo de la guerra como un coro infernal.

Al fin llegaron Alina y David al Fuerte, y con los poderosos anteojos de campaña pudo divisar

el combate. Veía las tropas envueltas en la neblina del humo revolverse en mil complicadas operaciones, marchas, avances, retrocesos; las guerrillas protegían las columnitas que avanzaban. Se angustiaba de verlos subir aquellas lomas, coronadas de moros, á pecho descubierto; no podía distinguir unos de otros; veía caer á algunos, otros quedaban tendidos detrás de sus compañeros. ¿Cuál sería Gonzalo? Hubiera querido poder protegerlo, á costa de su vida, recibir en su pecho el plomo que pudiese darle á él. ¡Habría menos dolor en un balazo que en aquel anhelo mortal!

Quería dejar el antejo, próxima á caerse, á desmayarse, y el mismo terror la obligaba á seguir mirando; aquellos moros, negros como demonios, con las vestiduras flotantes y el fusil en alto, se lanzaban contra los españoles que habían logrado subir la loma.

La Caballería maniobraba en el llano, sin poder avanzar por las pedregosas cuestas; y los cañones disparaban sus balas por cima de los combatientes para ir á caer y estallar en columnas de fuego sobre el ejército rifeño. Por un momento se desvaneció algo el humo; se luchaba cuerpo á cuerpo, los cazadores cargaban á la bayoneta y algunos soldados rodaban por el suelo unidos con desesperado abrazo á sus adversarios. Entre el infierno de la batalla, los médicos, camilleros y capellanes, se metían entre las filas de los combatientes para recoger muertos y heridos.

Los paisanos, á retaguardia, avanzaban con denuedo; unos llevados del ardor de defender á los españoles, empuñaban los fusiles abandonados en el suelo y parapetados detrás de una piedra disparaban sobre los moros, otros se metían en la línea de fuego, deseosos de prestar auxilio á los soldados, llevándoles municiones á botijos de agua.

Entre tanto hacia las lomas del Este del Gurugú se libraba otro combate. Tal vez allí estaría su marido. Quería pensar en él, en sus años de amor y de ternura, en su cariño, no desmentido, y á pesar suyo el espíritu rebelde sólo evocaba la figura de Gonzalo, herido, tal vez muerto en aquellos instantes. Rechazaba la idea con desesperación y en su pobre corazón, despedazado con tan rudas pruebas, se anidaban ensueños locos, tal vez pensamientos siniestros, culpables, involuntarios, de una dicha comprada á costa de sangre. Las esperanzas vagas del que nada espera.

Conforme avanzaba la tarde el fuego iba disminuyendo y la ansiedad aumentaba; no se distinguía más que un grupo informe de combatientes. ¿De quién sería el triunfo?

Entre los últimos rayos del sol poniente ondeó una bandera española sobre las lomas del Gurugú, y en lo alto de los poblados de Frajana. Cesó el fuego. Las baterías de la plaza saludaron la insignia de la patria con la salva de honor de los 21 cañonazos.

¡Victoria, victoria, por el ejército español!

X

Las gentes venían corriendo hacia la plaza, dando gritos de alegría; los bravos hijos de España habían vencido una vez más á la morisma y el horror de la lucha se olvidaba entre la embriaguez del triunfo.

No tardaron en tenerse noticias detalladas de los hechos; de los actos heroicos en que habían rivalizado los soldados. Las bajas de los

moros eran grandes y, proporcionalmente, pocas para nuestras tropas.

Aquel siniestro Barranco del Lobo, donde quedarán insepultas las víctimas del 27 de Julio se había recorrido en la última descubierta. Los que llegaron hasta él contaban con horror el espectáculo lúgubre de los cadáveres insepultos desnudos, despedazados por los cuervos y profanados por los rifeños feroces.

Muchos dormían con los brazos tendidos, de cara al azul, y algunos se agarraban á su compañero ó á la tierra en la desesperación de la agonía solitaria. Todos presentaban bárbaras mutilaciones; las cabezas machacadas con piedras, las sienas atravesadas con palos; saltados á punta de guma los ojos, los cuerpos, abiertos, rellenos de piedras y los brazos y las piernas cortadas. No contentos con todo esto, los cadáveres aparecían quemados. Cerca del Barranco de las Adelfas, en una pequeña casita, se veían los esqueletos de multitud de soldados, clavados á la pared, cuyas cabezas, descarnadas y secas, se mecían en lo alto de los árboles próximos, como una siniestra decoración veneciana.

Aquellos cuyo estado lo permitía, serían llevados al cementerio de Melilla; los otros se enterrarían en la tierra que santificó su sangre, tierra conquistada, española ya, donde las madres dolorosas podrían ir á doblar la rodilla sobre el sepulcro de los mártires.

Melilla se entregaba á la embriaguez del triunfo. Las tropas vencedoras empezaban á volver á la plaza; se enguinaldaban los balcones con flores, luces y colgaduras; las campanas entonaban el repique bullicioso del *Hosanna* y las músicas rasgaban el aire con sus ecos.

Toda aquella alegría, aquel bullicio, aquel ir y venir de gentes, hacía daño á Alina. Le parecía una crueldad olvidar la sangre que la victoria había costado para entregarse al júbilo. Una vida valía más que todas las conquistas. Pensaba en los cadáveres insepultos, en las madres á quienes el telégrafo les llevaría una triste nueva. Había que restar tanto dolor, que no encontraba lugar al goce.

A pesar de sus esfuerzos no pudo adquirir noticias de Gonzalo ni de Luis. Aquel silencio le hacía alentar una esperanza. Esperaba cerca del puente por donde habrían de entrar las tropas, el momento de verlos volver. Con el corazón inquieto, ansioso, oía hablar de «las bajas». ¡Bajas! Experimentaba el horror de aquella palabra. Tal vez los que amaba eran un número que se confundía en ellas.

Se hablaba de 200 heridos y 38 muertos. ¡Sin duda á medida que pasase el tiempo resultarían muchos más! ¡Lo de siempre!

Poco á poco se fueron concretando noticias, se citaban los nombres de los batallones que más habían sufrido: Llerena, Figueras, Chiclana, Saboya, Lusitania, León y el Disciplinario. Entre ellos iban su marido y Gonzalo. Cada momento de espera valía por cien años de ansiedad. Tal vez su cariño tuviese fuerza magnética para apartar las balas, para obrar el milagro de librarlos de la muerte. Empezaban á entrar las tropas, venían los soldados manchados, llenos de barro, de polvo, de sangre, con las ropas desgarradas, rotas las alpargatas; algunos habían perdido la mochila y la manta. Y todos al pasar el puente de tablas saludaban contestando á los vivas con la tristeza de la impresión, no borrada, de la reciente lucha y el recuerdo de los compañeros que vieron morir á su lado.

Los miraba pasar ansiosa. Detrás de cada batallón venían las lúgubres camillas y los inmen-



sos carros cargados con heridos y muertos. Los paisanos que se habían batido, les prestaban ahora ayuda á los camilleros para conducir á las víctimas.

—¡Cuánto tardan!

Su corazón pugnaba por abrirse á la esperanza sacudiendo el peso agobiante del presentimiento. Apartaba la vista de las escenas dolorosas desarrolladas á su lado. El egoísmo feroz se imponía.

Al fin apareció el batallón de Luis; el de Gonzalo venía detrás. Pasaron gritando ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! Entre los primeros jefes se veía al Comandante. Sintió un movimiento de alegría, un deseo de romper las filas y abrazarlo como habían hecho algunas mujeres con sus maridos; pero el recuerdo del otro, cuyo cariño le parecía profanar, la retuvo clavada en su sitio. Luis vio la cabeza de rizos de fuego, adivinó su angustia en el semblante pálido y los ojos azules, y la envolvió en una mirada de ternura. ¡Pero Alina no reparaba en él! Tranquila ya por su suerte, toda su alma volaba hacia el amado. Empezaba á desfilar su batallón. En la cuarta compañía faltaba un capitán ¡el capitán Gonzalo Ruiz no iba en ella!

No tuvo fuerzas para hablar, para formular una pregunta: se adelantó vacilante, próxima á caer hasta el sitio por donde venían los camille-

ros. Estos al ver á una señora de la Cruz Roja se detuvieron un momento.

Envuelto en la bandera española, pálido, inerte, con los ojos entreabiertos, iba el cadáver de un Capitán.

—¡Gonzalo!

Ninguna voz respondió á su grito doloroso. Aquel hombre tan amado ya no podía responderle. Un pedazo de plomo había bastado para aniquilar tanto amor, tanta vida, tantas esperanzas.

Entonces sin pensar en el dolor del marido que en aquel momento llegaba ansioso á abrazarla, sin preocuparse del mundo, borrada del cerebro toda idea que no fuese la del amado: ciega, loca, se abalanzó á la camilla, estrechó entre sus brazos al muerto, empapando sus vestidos claros con la sangre de sus heridas, y fué á dejar en la helada boca aquel beso, negado, que le quemaba los labios como un ascua candente.

—¡Gonzalo! ¡Gonzalo! ¡Amor mío!... ¡Respóndeme! ¡Mi alma!... ¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ah! ¡Maldita Guerra!

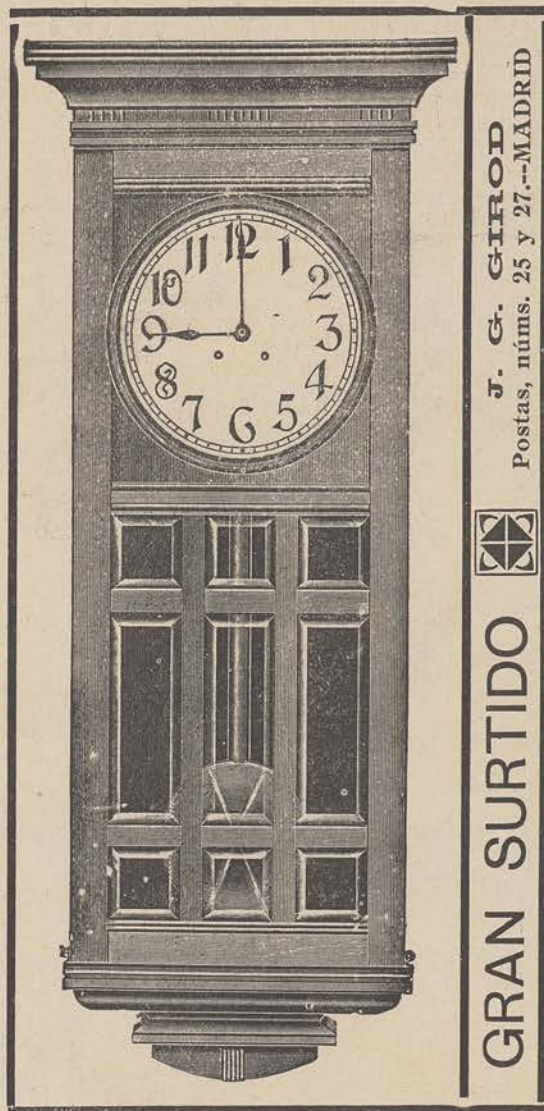
XI

En el parte oficial de la última batalla figuraba entre los muertos el bravo comandante D. Luis Ramírez. ¡Paz á los Héroes!

Carmen de Burgos

El Cuento Semanal

PUBLICA EN SU NÚMERO PRÓXIMO
DEL TAJO EN LA RIBERA
S 2 por Rafael López de Haro S S



Recibe El Cuento Semanal En Buenos Aires
D. CAMILO VILLARÓ
LIBRERÍA DE LA CONCEPCIÓN.--Calle Buen Orden, 945.
Atiende pedidos para la ciudad y provincias.

IMPOTENCIA de AMBOS SEXOS
Radicalmente curada á toda edad por las
PILDORAS OURANIA
Nuevo descubrimiento. Inmenso éxito. Tratamiento energético y sin peligro.
Curación garantida con un solo frasco.
Envío discreto. Precio del frasco: 10 fr. LOUDENOT, Farmacéutico,
31, passg. du Havre, PARIS-- Frasco con instrucciones por
correo, ptas 12 -- Depósito en Madrid: Farmacia GAYOSO, Arenal 2;
en Barcelona: VIUDA de SALVADOR ALSINA, 4, Pasaje del Crédito.

EFFECTOS DE VIAJE
4, MALASAÑA, NÚM. 4 **A. BLASCO**

Antinervioso HOWARD

Tónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay NEURASTENIA que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de lata y ca-
zaca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.^a
LEASE BIEN EL PROSPECTO

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante DE LA TOS. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja
Por mayor: **PEREZ MARTIN VELASCO Y COMP.^a**
MADRID, Calle de Alcalá, 7, MADRID

¡Fumadores! EL HUROL

EL HUROL, fumado con el tabaco, lo aromatiza, destruye sus propiedades tóxicas, cura las afecciones de la boca, garganta y pecho, especialmente el catarro gástrico de los fumadores, y cura siempre las pulmonías y tuberculosis. Lo fuman á diario los principales médicos de la corte y provincias.

Frasco para 500 gramos de tabaco, 1 pta. Por correo, 1,50
MADRID - Calle de la Victoria, 6 y 8 - MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

Fábrica de corbatas

CAMISAS, GUANTES, GENEROS DE PUNTO
ELEGANCIA, SURTIDO Y ECONOMIA
Precio fijo. CAPELLANES, 12. Precio fijo

DISTINGUIDA Y EXPERIMENTADA PROFESORA DE FRANCES CON TÍTULO

desea dar lecciones de conversación en dicho idioma á señoras ó señoritas.

RAZÓN EN ESTA ADMINISTRACIÓN



REGALO á los consu-
midores de vino de la



Colonia Agrícola de San José

Como todos los años, hemos empezado á obsequiar á nuestros compradores de dos kilos de uvas de mesa por cada arroba de vino que les sirvamos á domicilio, y con un kilo por media arroba. Son las exquisitas uvas de mesa de los parrales de la Colonia: Moscatel Romano, Valencí blanco y negro, Grumer, Planta de la Reina y otras deliciosas variedades. El regalo durará dos meses, si persistentes lluvias no estropean las uvas. Esta casa sigue vendiendo á los precios más económicos sus vinos sanos, de sabor delicioso, perfectamente puros. Según **Certificado del Laboratorio Municipal**, fecha 23 de Septiembre último, del análisis practicado en la muestra que el inspector químico Sr. Bonastre tomó en el Almacén, REINA, 8, en su visita de inspección, este Certificado está á disposición de los compradores.



Esta Casa ha dicho en sus anuncios, y repite una vez más, que sus clientes tienen derecho en todo tiempo y ocasión para elegir la muestra que quieran en Almacén, para que con su intervención la lleven á analizar al Laboratorio Municipal. Los amantes de su salud ya saben dónde venden vinos puros, siempre garantizados.

Almacén: REINA, 8.-Tel.º 218

BODEGAS Y VIÑEDOS EN ZÁNCARA (Ciudad Real)